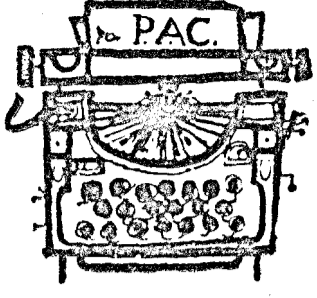


escrito a máquina

*Nicara-
gua, S. A.*



En diversas ocasiones hemos señalado, con alarma, el proceso de deshumanización que viene sufriendo el Estado en Nicaragua. Una mentalidad gerencial, de compañía anónima supercapitalista —“NICARAGUA, S.A.”— cuyo único y obsesionante objetivo es el “desarrollismo”, ha ido suplantando y sofocando, cada vez más, no sólo el criterio moral, sino el sentido humano que debe engrasar toda la dinámica del Estado cuyo principal objetivo es el “bien común”, el bien del pueblo.

Cuando soplaban buenos vientos el reclamo humanista hacía un poco el ridículo entre el tin-tín de la buena moneda que todo lo calla. ¿Humanismo? ¿Esas son necesidades de intelectuales! Y se nos citaban estadísticas, industrias que nacían, ventas, créditos, préstamos... ¿No vamos espléndidamente bien? ¿No está entrando plata??

Cuando soplan buenos vientos no se nota tanto lo que tiene de inhumano el “desarrollismo”. Pero cuando llega la hora de la pobreza, la deshumanización se nota inmediatamente porque la palabra “economía” pasa a significar “hambre” para un buen número de personas. Es interesante cómo las palabras vomitan, en ciertas ocasiones, su contenido. La palabra economía que a la hora del auge significaba, realmente, “privilegios”, pasa a significar “despidos” a la hora de la crisis. En ambos casos es excluyente. No le interesa lo humano. No es su fin el valor de lo humano sino el valor del dinero. No trata de acrecentar el bien COMUN sino la riqueza.

Sin embargo: un Estado no es una oficina de contabilidad. No gobierna números, sino hombres. No desarrolla un capital sino que impulsa el desarrollo de una comunidad humana. Si a la hora del auge económico no debe permitir que esa riqueza beneficie solamente al Estado y a unos pocos privilegiados; a la hora de la crisis —con mucha mayor razón— no puede hacer sus economías y sus recortes a costa de los asalariados y de los más débiles, despidiendo empleados eficientes como quien tacha columnas de números, sin tocar en cambio los sueldos mayores, sin recortarlos siquiera, y sin reducir el enorme y costoso tren suntuario del régimen, completamente impropio en un país pequeño y pobre como Nicaragua.

Nadie puede criticar —sobre todo en momentos de crisis— una política de verdadera austeridad. Pero austeridad no es desentenderse de las obligaciones y finalidades humanas del Estado, dejando sin trabajo, es decir, sin derecho a la vida, a una creciente cifra de empleados —muchos de ellos competentes técnicos—, sino rebajar en proporción justiciera gastos y sueldos; rebajar más a los de más posibilidades propias para garantizar, precisamente, que esos empleados menores puedan subsistir.

No nos referimos, naturalmente, al cese de aquellos que ganan sueldos fantasmas por favoritismo político. ¿Por allí debería haber empezado la austeridad, desde hace tiempo, para lograr una eficiente burocracia! Nos referimos a esa supresión numeral, cuantitativa de empleados que trabajan, que son eficaces, que tienen derecho a su estabilidad por el mismo servicio que prestan, pero que son suprimidos y arrojados al hambre como se suprime un número en un reajuste financiero.

Aparte de la obligación que tiene el Estado de actuar conforme justicia —de no romper la cuerda por lo más delgado, como dice el refrán popular— debe también tener un poco de sentido económico en su previsión y no tomar, en plan de desarrollo, una medida típica del subdesarrollo. ¿No se ha dado, como una de las causas de nuestro atraso, la escasez, de técnicos y de elementos preparados, o su huida o su voluntario exilio a los países ricos porque no encuentran ninguna seguridad ni estabilidad para sus trabajos en su propio país? En Nicaragua ese obstáculo inicial y grave parecía irse venciendo. Se estaba creando un cierto ambiente de confianza, un ambiente nacional alentador para que brotaran nuestros propios valores. Y estaban comenzando a brotar. (Precisamente son los castigados cuadros del Departamento de Carreteras, del Ministerio de Fomento, uno de los ejemplos de ese avance promisorio). Pero si las “economías” del Gobierno siguen su loca furia, lanzando empleados al hambre, qué joven ingeniero, o perito, o técnico, qué valor nuevo profesional va a quedar convidado a servir a su país, en el Estado, si a la primera crisis se les echa por la borda sin consideraciones?...

Olvidar lo humano resulta al cabo no sólo inhumano, sino antieconómico.

PABLO ANTONIO CUADRA